

Attilio Brilli

EL VIAJE A ITALIA

HISTORIA DE UNA GRAN TRADICIÓN CULTURAL

PENSAMIENTO



Anti Machado
Libros

ATTILIO BRILLI

El viaje a Italia
Historia de una gran tradición
cultural

Traducción:
Juan Antonio Méndez



La traducción de esta obra ha sido financiada por el SEPS
Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche



ViaVal d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia
seps@seps.it - www.seps.it

EDITA **A. Machado Libros**

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com •

www.machadolibros.com

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni total ni parcialmente, incluido el diseño de cubierta, ni registrada en, ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo, por escrito, de la editorial. Asimismo, no se podrá reproducir ninguna de sus ilustraciones sin contar con los permisos oportunos.

Título original: *Il viaggio in Italia*

© 2006 by Società editrice Il Mulino, Bologna

© de la traducción: Juan Antonio Méndez, 2010

© de la presente edición: Machado Grupo de Distribución,
S.L.

DISEÑO DE LA COLECCIÓN: M.^a Jesús Gómez, Alejandro Corujeira y
Alfonso Meléndez

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-7774-810-6

INTRODUCCIÓN. DESDE LA VENTANA DEL CARRUAJE

ADVERTENCIA

I. EL MUNDO MODERNO Y LA IDEA DEL VIAJE A ITALIA

1. “Ir por el mundo en busca de aventura”. La herencia de los peregrinos y los mercaderes. 2. Un prototipo del viajero moderno: Francesco Petrarca. 3. Con la mirada de Ulises. El debate sobre la utilidad de los viajes desde el siglo XVI al XVIII. 4. El alba de la literatura de viajes. 5. El siglo de oro del viaje a Italia. 6. El universo de las costumbres y el viajero cosmopolita. 7. Paisajes de arcadia y visiones sublimes. 8. El descubrimiento sentimental de Italia. 9. El viajero romántico y el ocaso de los mitos. 10. La seducciones de lo pintoresco. 11. El nuevo mundo y el sentido del pasado. 12. Thomas Cook y el nacimiento del turismo moderno.

II. LA PREPARACIÓN PARA EL VIAJE Y EL EQUIPAJE DEL VIAJERO

1. Reticencias y humores saturnianos. 2. Expectativas ocultas. 3. Antes de exponerse al viaje. 4. Compañeros de viaje y de aventura. 5. Mapas reales y montañas imaginarias. 6. Remesas de dinero y misas *pro itinerantibus*. 7. Elogio del baúl y de la maleta. 8. Un par de pistolas manejables. 9. El cofre de las delicias. 10. Cajas mágicas. 11. El guardarropa del viajero.

III. EL FRAGOR DE LAS RUEDAS Y LOS MEDIOS DE TRANSPORTE

1. La berlina de Napoleón. 2. Metamorfosis de la carroza. 3. La diligencia de postas. 4. La carroza familiar. 5. De viaje con el cochero. 6. La preparación

del coche. 7. Las horas en la carroza: viajes por postas y tiempos de recorrido. 8. Aviso a los navegantes. 9. El humo de la locomotora. 10. El retorno de la carroza, pero sin caballos. 11. El velocípedo.

IV. DURANTE EL VIAJE

1. Los caminos del Señor son infinitos. 2. Problemas mecánicos. 3. Incidentes y emergencias estacionales. 4. Encuentros y desencuentros. 5. Voces de bandidos. 6. La pesadilla de la cuarentena.

V. LA TRADICIÓN HOSPITALARIA

1. Albergues y habitaciones de alquiler. 2. Las salas de los caballeros errantes. 3. Incógnitas y sorpresas en el dormitorio. 4. Ruidos de la cocina. 5. Otros locales de esparcimiento, de cura y de descanso.

VI. EL ITINERARIO RECURRENTE Y LAS CIUDADES RITUALES

1. El paso de los Alpes y la entrada en Italia. 2. De Turín a Génova y luego hacia Florencia y Roma. 3. A Nápoles: "Lo demás es África". 4. Ruta hacia Sicilia. 5. Vuelta a Roma. Luego hacia el Adriático y las Venecias. 6. En dirección a Milán y el camino de vuelta: "Volvemos hacia lo feo".

VII. RECORRIDOS ALTERNATIVOS Y ENCANTOS DE LA NATURALEZA

1. Paradas, desviaciones y ciudades menores. 2. Los pintores y la parada en Cava. 3. Los encantos de La Campiña. 4. Los castillos romanos y el templo de Diana. 5. La cascada de las Mármores y el jardín del Edén. 6. El mito del paisaje toscano. 7. Breve parada en Isola Bella. 8. En este lago sublime.

VIII. EL OTRO VIAJE, A LAS FRONTERAS DEL MITO

1. Tierras ignotas. 2. El salvaje y desconocido Abruzo. 3. Viajeros en el Sur, Cilento y las Calabrias. 4. Las tierras del olvido y los caminos de Apulia.

IX. UN PAÍS DE BANDIDOS ROMÁNTICOS

1. El indígena como mentira. 2. A la manera de Salvator Rosa. 3. Con los trajes de fiesta. 4. El arte del prejuicio. 5. El imperio del clima. 6. Viaje a través de los estereotipos. 7. Un pueblo de comparsas. 8. El obstáculo del cuerpo. 9. Exiliados en el paraíso. 10. El viajero y las mujeres. 11. La mirada de los inocentes.

X. TRISTES CANTORES DE ITALIA

1. La mano del Guercino. 2. El viejo libro amarillo. 3. Los frescos perdidos. 4. La coartada del salvaje. 5. Las dos capitales.

XI. HISTORIAS DE INDIGNACIÓN Y DE ESPERANZAS

1. Un libro para la libertad. 2. La Virgen que cambió de color. 3. Cayó tu gloria. 4. Byron, el amigo de casa. 5. La fiebre de Stendhal.

XII. LA TIERRA DEL DESEO

1. Don Juan en Siena. 2. Una copia para Louise Necker. 3. La mujer del velo. 4. La pantalla de Ilaria. 5. La última duquesa.

XIII. ACONTECIMIENTOS Y ENCUENTROS IRRENUNCIABLES

1. La isla de la virtud. 2. El convento abandonado. 3. Desde donde se divisan ambos mares. 4. Tras las

huellas de Garibaldi.

XIV. LA LITERATURA DE VIAJE

1. Las gafas del viajero. 2. Viejos compañeros de viaje. 3. Viajar sobre los libros y sobre los atlas. 4. La regla horaciana y los libros de viajes. 5. Las interferencias del corazón. 6. El gusto por la parodia. 7. Arte de la ilusión, arte de la desilusión.

XV. UNA MODESTA PROPOSICIÓN PARA VIAJAR HOY A ITALIA

1. Por los viejos caminos. 2. Memoria y deseo. 3. Ecos del bosque sagrado. 4. Los dioses exiliados. 5. Lecciones de paisaje. 6. Viajes de recuperación. 7. Recorridos literarios. 8. Ciudades como parábolas. 9. El hilo de Ariadna.

EPÍLOGO

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE DE NOMBRES

Introducción.

Desde la ventana del carruaje

No hay nada más aburrido en el mundo que leer la descripción de un viaje a Italia, excepto, quizá, escribirla; lo único que puede hacer el autor para hacerse más o menos soportable es hablar lo menos posible de Italia en sí. Aunque debo decir que, a pesar de haber explotado ampliamente este recurso del oficio, querido lector, no es mucha la diversión que puedo prometerte en los próximos capítulos. Si lo que sigue te aburre, consuélate pensando en mí, que he tenido que escribir todo esto.

Heinrich Heine, Reise von München nach Genua. 1829

BIEN SABE el lector -el amable lector, como se decía en las guías de antaño-que hay “viajes a Italia” para todos los gustos. Disponemos de óptimas versiones de los textos de los más famosos viajeros, provenientes de los países más dispares y pertenecientes a épocas bien distintas. Podemos recurrir a estudios sobre aspectos generales y específicos del Grand Tour, ese gran viaje que tenía a Italia como meta predilecta, se dedican investigaciones a territorios y a ciudades de la península en particular recorridas por el incansable flujo de los viajeros, se organizan exposiciones de acuarelistas y pintores topográficos que han pasado por Italia; se recopilan mapas, grabados y recuerdos sugerentes Pero hasta hoy faltaba una presentación de conjunto de este fenómeno cultural que tiene a Italia por objetivo y baricentro.

Esa laguna es la que trata de colmar el presente trabajo, titulado *El viaje a Italia*, un título que ofrece a la curiosidad del lector una perspectiva global de una de las más fascinantes costumbres culturales -¿cómo definir, si no, un fenómeno al que le sonríe una fortuna multiseccular?-, costumbre que ha contribuido al acercamiento, en todos sus componentes, de Italia a Europa y, luego, a los Estados Unidos de América hasta hacer llegar, naturalmente, la fama de sus encantos a otros continentes.

El extranjero que recorre Italia desde finales del siglo xvi hasta todo el xix es un peregrino laico que abre nuevos caminos del saber y que se propone como mediador de nuevos conocimientos, ya se trate del filósofo naturalista, del estudiante, del diplomático, del comerciante, del apasionado por la antigüedad o del coleccionista de arte. Del mismo modo que no existe estado o nación europea en la que los jóvenes de las familias más influyentes no sean enviados a Italia para dar así el toque final de su proceso educativo, no existe campo del saber histórico y artístico en el que Italia no haya sido capaz de inculcar en sus visitantes una lección inimitable -no siempre positiva- en cuanto "museo" de formas políticas, como tierra del clasicismo, como arcadia inmemorial o como estímulo de la renovación artística y del cambio del gusto. Tampoco deja de ser significativo el hecho de que los principales beneficiarios del viaje sean quienes acaban de terminar sus estudios, de manera que podría decirse -parafraseando un afortunado eslogan- que durante un largo período histórico, los jóvenes encuentran Europa en Italia.

Resultaría equivocado esperar en este volumen el retrato animado de toda Italia, desde el momento en que de lo que se trata es de reconstruir por segmentos, al menos en la primera parte, el recorrido usualmente realizado por los

viajeros extranjeros, un recorrido que permanece tan inalterado a través de los siglos que un viajero americano, Matthias Bruen, en 1817, en sus *Essays Descriptive and Moral, on Scenes in Italy, Switzerland, and France*, pudo establecer una comparación entre el viaje a Italia y el curso de la vida humana. En su opinión, la llanura del Po y el valle del Arno tienen la fresca belleza de la juventud. Roma estimula la observación y la ponderación, características que son de la edad adulta. Nápoles ofrece los dones de la naturaleza que se corresponden con la edad avanzada. Finalmente, Paestum concluye el peregrinaje con su descarnada y lapidaria perspectiva. Al margen de cualquier sugerente similitud, en cualquier caso, los apasionados y los estudiosos del viaje al sur de los Alpes -desde un indígena como Giuseppe Toaldo, profesor de astronomía en la Universidad de Parma, en 1791, al angloflorentino Thomas Adolphus Trollope en 1861- nunca dejan de ironizar a propósito de la proverbial falta de iniciativa de los viajeros, los cuales, con muy raras excepciones, reproducen paso a paso el itinerario canónico del viaje a Italia, sin desviarse por ninguna razón, sin concesión alguna a la seductora llamada de caminos y lugares diferentes. Para una actitud tan singularmente contraria al cambio existía, como se verá más adelante, una motivación de no poco peso.

Hojeando este volumen habrá que tener en cuenta, por un lado, que la Italia que aquí se propone es una Italia inédita y de aplastante belleza, capaz de impresionar gracias al sutil distanciamiento que le confiere el marco antiguo y foráneo. Por otro, que esa Italia evoca, mediante breves referencias y alusiones -aunque también a través de insertos específicos- la otra Italia, la menos recorrida e históricamente menos conocida en el ámbito europeo y descubierta con apasionado entusiasmo por viajeros curiosos y excéntricos,

por antropólogos y etnólogos. Por trotamundos de profesión, por refinados estetas y por investigadores empujados por intereses específicos -piénsese en la “novela de la etruscología”-, los cuales, a partir de la primera mitad del siglo XIX, amplían los márgenes del viaje italiano, llegando hasta esas partes de la península tradicionalmente descuidadas por ignorancia, por incuria y con no poca frecuencia por la falta absoluta de caminos transitables para los carruajes, de postas y de estructuras de hospedería.

Este libro pretende proponerse como reconstrucción histórica, pero también como viaje imaginario a una Italia que es fruto de la sagacidad topográfica y, al mismo tiempo, de la ficción narrativa de aquellos viajeros y de sus séquitos, que la recorrieron desde el tardo-renacimiento al inicio del turismo organizado. Con todo ello no se ha intentado tanto actualizar la reconstrucción nostálgica de los paisajes, perspectivas, panoramas de algunas ciudades ya inexorablemente perdidas, como recordar que todo viaje es siempre, al menos en parte, doble, un modo imaginativo de inventarse lugares y acontecimientos, y que tal gesto no puede prescindir hoy, en su consciencia irónica y sentimental de la lección de tacto y gusto de apasionados peregrinos de ayer y de anteayer. Mezquina la vida de aquel viajero, diría un viajero sedentario como Leopardi, “que no ve, no oye, no escucha más que meros objetos, sólo esos de los cuales ojos, oídos y el resto de los sentidos reciben las sensaciones”, olvidando los que tienen su origen en la imaginación. Lo cual sirve tanto para el viajero de antaño como -y más si cabe- para el de hogaño. En este sentido, los italianos son deudores, respecto de los viajeros extranjeros, de esa mirada desde la lejanía, cuando no de la alteridad, a través de la cual cualquier escena tiende a perder el carácter determinado de la forma y del color, a

fragmentarse, a disolverse y a reclamar de la mente un recuerdo anterior de esa escena, hasta el punto de provocar confrontación o comparación entre diferentes imágenes así como un fascinante viaje en el tiempo.

Al desarrollo material del viaje dedicamos, naturalmente, la parte que le corresponde, así como también la exigida por el conjunto de objetos y atuendos de los que debía proveerse el viajero, desde “oráculos” y “talismanes” llenos de admoniciones y prescripciones, a mapas más o menos fiables, guías, bibliotecas y botiquines portátiles. Por no hablar del carruaje, epítome ambulante del universo doméstico que irá transformándose, con el tiempo, gracias a la evolución de la técnica y a las exigencias, cada vez más precisas, de los viajeros. Como antítesis de movilidad del carruaje se perfila, con no menor interés, el pintoresco conjunto del sistema de la hospedería, desde la miserable venta en las postas, a las habitaciones de posadas y hoteles de la ciudad. La tradición narrativa occidental nos enseña, por otra parte, que las posadas son lugares en los que se cruzan los destinos y se intercambian las historias. Y cuando los “camino prisioneros” de las primeras líneas ferroviarias parecen anunciar el final de la aventura del caminar, la aparición del automóvil proporciona, por un momento, la emoción del renacimiento del antiguo y romántico espíritu libre del carruaje.

Finalmente, la gente, los italianos. En esta extraordinaria reserva de caza que fue Italia para los viajeros durante más de tres siglos, en este paraíso de delicias, en este fragante jardín de mitos sagrados y profanos, la presencia de los italianos resulta casi siempre, ¿por qué no decirlo?, fastidiosa y molesta. La humana y con frecuencia ruidosa presencia afecta a la ilusión de una momentánea suspensión del tiempo, a esa pausa del devenir histórico,

progresivo y cotidiano que es, precisamente, el fin supremo que el viajero persigue en la península. La presencia de los indígenas se acepta, por tanto, a condición de que se disfracen y se comporten a modo de comparsas adecuados al ficticio escenario al que se pretende que pertenezcan. De este encuadre derivan esos lugares comunes y esos estereotipos que todavía hoy condicionan la percepción y la imagen de los italianos, a la que ellos mismos, con no poca frecuencia, han contribuido a perpetuar en el tiempo.

La historia del viaje a Italia es, por tanto, una ocasión de excepcional relevancia no sólo y no tanto en la historia del viajar, sino también por lo que se refiere al continuo enfrentamiento de culturas distintas que se exhiben, se miden una respecto de la otra y se comparan en el mudable curso del tiempo, en un escenario, por el contrario, ilusoriamente inmutable. Pero las cosas, en todo lugar, cambian por transformación propia y por las transformaciones operadas por los hombres, aun en el caso de que las consideren los ingenuos pastores de la arcadia o los bandidos románticos. Precisamente por eso hemos intentado cerrar este articulado lamento por una noble y cosmopolita tradición preguntándonos si la Italia que hoy recorreremos es sólo la Italia de los itinerarios perdidos o se reserva algún margen de recuperación, algún recurso para lo imaginario. Dicho de otra manera: hemos pretendido someter al lector, al final del libro, una “modesta proposición” para moverse a través de los itinerarios de antiguas seducciones, a veces perdidas, otras supervivientes o, si se prefiere, en el laberinto de las ilusiones.

Advertencia

CITAS Y notas. Respecto de las referencias a los textos de los viajeros citados, se toman de las primeras ediciones en lengua original. Cuando ha sido posible, hemos recurrido a las traducciones españolas y a las ediciones en las que el texto en particular es mayormente conocido o, en cualquier caso, fácilmente accesible en la edición italiana citada por el autor. Las notas del traductor se han señalado con (*).

Las imágenes. Las setenta y dos tablas de sus *Selected Views of Italy* (London, Chapman et alii, 1792-96), John Warwick Smith nos ha parecido que encarna el prototipo del viajero del siglo XVIII. Un artista viajero que, con extraordinaria síntesis topográfica y homogeneidad estilística, ilustra las paradas del itinerario tipo del viaje a Italia, contribuyendo al mismo tiempo a formar la mirada de cuantos le siguieron en el mismo recorrido.

Capítulo primero

El mundo moderno y la idea del viaje a Italia

Uno no puede dejar de extrañarse al encontrar un país que resulta agradable y fecundo, regado por múltiples ríos, con sus campos ricos en trigo en la estación debida y sus pastos con hierba, paisajes deliciosos y aires saludables en buena parte de su territorio, profusamente cubierto de ciudades almenadas en las que la vista se deleita en los más suntuosos edificios y encuentra nueva vida en tanta variedad de pinturas y esculturas. En resumen, el país que produce en cantidad y en no menor variedad todas estas cosas, hasta erigirse en delicia de los sentidos, que cuenta a un lado con los Alpes a modo de muralla y limita al otro con el mar, tiene que ser de verdad excelente: este país es, precisamente, Italia.

Jean Gailhard. *The Present State of the Princes and the Republic of Italy*, 1668

1. “Ir por el mundo en busca de aventura”. La herencia de los peregrinos y de los mercaderes

CUALQUIERA QUE sea la razón por la que se haya puesto en camino, el viajero, de siempre, ha ejercido una encendida admiración y una fascinación arcana en una comunidad sedentaria y fija. El viajero ha encarnado desde los primeros tiempos la esencia mítica de la civilización occidental, en cuanto individuo comprometido con el viaje iniciático y con

el desafío a lo desconocido. Sucesivamente ha revestido las formas del mito cristiano, hilvanando las estaciones rituales en la búsqueda del Santo Grial. Ha permitido, en fin, que la narrativa se plasmara en la matriz misma del viaje peligroso: en las secuencias de la novela griega de aventuras, en el epos medieval, en la novela picaresca¹. Toda una tradición literaria resulta así permeada hasta nuestros días de la idea misma del viaje, entendido como metáfora de la existencia: desde los locuaces peregrinos de Chaucer, al itinerario alegórico cristiano, el héroe de Bunyan, al sarcástico de Gulliver, la criatura de Swift, por no hablar de ese otro Ulises, el irónico sosias creado por Joyce. Quien, por otra parte, quiera mantenerse en nuestros propios ámbitos y calibrar la supervivencia de esa idea itinerante en la obra de nuestros escritores, puede prestar atención al viaje cien veces iniciado de Italo Calvino e, incluso antes, interrogar las cartas del tarot en el *Castello dei destini incrociati* (*El castillo de los destinos cruzados*, Siruela, 1995), cuyos enmudecidos caminantes y peregrinos intentan la última forma de comunicación o, quizá, dejarse implicar por las invectivas y los encantamientos de las *Meraviglie d'Italia*, de Carlo Emilio Gadda. Por seductor que pueda parecer, el nuestro no es un viaje a través de la literatura, sino más bien, y principalmente, a través de las crónicas de los grandes viajes de los peregrinos occidentales, de cuya lenta conmutación en las arterias del comercio, de la diplomacia y del saber humanístico ha germinado la idea moderna del viaje.

Si consideramos la milenaria historia del peregrinaje, nuestro interés es atraído, desde el punto de vista que hemos adoptado, no por aquellos que emprendían un viaje sin retorno hacia los santos lugares, para concluir la vida terrenal tras las huellas de Egeria², a Jerusalén, sino por esos

otros dedicados a la *peregrinatio penitentialis* que, a partir del siglo X conciben el viaje a Palestina como una experiencia episódica, un acontecimiento que tiene lugar en un lapso temporal, por largo y peligroso que sea³. Una peregrinación a Tierra Santa que, con el transcurrir de los siglos y el lento declinar del Medioevo, se fragmenta en itinerarios menores, más breves que lo que era el camino a Je-rusalén, que se propone diferentes metas en el continente europeo, revelándose, al final, siempre más propenso a las comodidades que a la penitencia. No cabe duda que con el abandono de la familia y del trabajo y con el momentáneo sustraerse a las obligaciones para con la comunidad, a los deberes y a las molestias públicas y privadas, en todos los tiempos, el *homo viator* atrajo sobre sí, sobre su diversidad, sobre el valor para desafiar la aventura, sobre su capacidad para suspender el tiempo e, incluso, para eludirlo, admiración y desconfianza en los contextos y ambientes en los que se movía y con los que había entrado en contacto.

Una diferencia de ese tipo gusta de ser pregonada a través del propio uniforme, de la vestimenta misma: un manto (la capa del peregrino o capa de San Roque), sombrero de ala ancha y barbuquejo, la larga esclavina herrada y provista de ganchos en los que colgar la venera, la mochila de tela tosca, y objetos bendecidos en un ritual específico antes de la partida. Ritual del que forman parte los lavatorios de pies, artes particularmente cuidadas por el peregrino, así como las disposiciones testamentarias pertinentes y el encargo de misas *pro itinerantibus*. Signos que distinguen al *homo viator* son también, de vez en cuando, los emblemas de los lugares visitados: la concha de Santiago para los que volvían de Compostela, en Galicia, las palmas para los que volvían de Tierra Santa, cruces y placas

metálicas grabadas a punzón -célebres fueron las “verónicas”, que reproducían el sudario con el que se había secado el rostro de Cristo camino del Calvario y las llaves cruzadas- para otras metas y otros lugares con ritual propio y de culto. La lengua misma articula el término de acuerdo con el destino, de modo que se llaman palmeros -como glosa Dante⁴- a aquellos que “van a ultramar, allí donde es frecuente llevar palmas”, peregrinos a quienes se dirigen a Santiago, estando como está “la sepultura de Santiago más lejana de su patria que la de cualquier otro apóstol” y, finalmente, romeros o romeos a los que se dirigen a Roma.

Existe, además, una bien difundida y sugerente iconografía de los santos protectores de los *peregrinantes* y de los viajeros en general que nos permite una cómoda reconstrucción del atuendo y del equipaje del peregrino típico. Los santos más frecuentemente representados en los frescos y en los retablos de altar de las parroquias de todas las regiones italianas son San Roque, el santo peregrino del siglo XIII que, habiendo sido capaz de escapar de la peste llega a convertirse en protección contra sus estragos, Santiago de Compostela, San Julián el Hospitalario, San Leonardo, San Martín y San Cristóbal, que habiendo transportado al Cristo niño de un lado al otro del río, asume el papel de protector de los caminantes obligados a pasar vados o pasos de montaña especialmente peligrosos. Ciclos de frescos que narran la vida de San Cristóbal son recurrentes en las parroquias que bordean los itinerarios de los peregrinos, sin contar las imponentes representaciones del santo pintadas en los frescos o esculpidas en las fachadas de las iglesias, así como las representaciones dibujadas de su efigie colocadas a la entrada de los puentes o de los vados, de manera que pudieran verse desde grandes distancias.

Los primeros libros de caminos, o las rudimentarias guías que especifican los recorridos a través de los distintos países europeos y que culminan en los dos polos de referencia italianos se deben a la práctica del peregrinaje. Estos dos polos son, uno, Venecia, en cuanto puerto de embarque hacia el Oriente; el otro, Roma, destino unas veces complementario, otras alternativo a la peregrinación a ultramar. Las guías de los peregrinos apenas si son aproximadas listas de aglomerados urbanos, de ventas, de ciudades, pasos de montaña, vados fluviales y puntos de embarque marítimos, con un relativo cómputo de las distancias⁵. Estas guías de peregrinación -o también *libri poenitentiales*-, al menos en lo que a Italia se refiere, tratan de una vez por todas, nos atrevemos a decir, buena parte del itinerario más frecuentemente recorrido en el curso del viaje a Italia desde siglo XVI al nacimiento del turismo. En otros términos, se registra una singular continuidad de itinerarios entre el *Itinerarium* del siglo XIII de Matthew Paris, comúnmente utilizado como guía y el que recorren los primeros isabelinos que bajan hasta Italia, no para beneficio de su alma o para estar en los ateneos de antigua fama, sino para curar la melancolía, auténtico *mal du siècle* al que, entre otras cosas, se debe la fortuna de una moda plurisecular, nacida también como antídoto⁶.

Al mismo tiempo, la esquemática fisonomía convierte los *itineraria* devo-cionales en precursores directos de los libros de viaje y de los viejos libros de mercaderes, caracterizados estos últimos por lo meticuloso de sus apuntes acerca de las distancias recorridas y gastos realizados, cambios de moneda y de trueques. En las pistas y sendas más comúnmente transitados, los peregrinos y mercaderes medievales se revelan tan minuciosos en el registro de los gastos y paradas como ciegos a la dimensión urbana y

paisajística del mundo que atraviesan. Por diferentes razones e intereses igualmente diferentes, unos y otros parecen proceder con los ojos vendados, absortos en el libro de oraciones o en el de cuentas. O también, por lo que se refiere a los peregrinos, usando una mirada que, por todas partes, convierten las escenas más corrientes en acontecimientos maravillosos, atribuyendo una dimensión sobrenatural y valor simbólico a la realidad más común. Tanto si se trata de un mudo como de un fantasioso, con el transcurso del tiempo, el peregrino acumula en su contra la propia diferencia que, precisamente por su error, se substrahe a las obligaciones de la comunidad. En la maravillosa y primaveral cabalgata de Geoffrey Chaucer, las innumerables figuras del peregrino medieval, con sus disfraces y sus propósitos ocultos, quedan destinados al embalsamamiento literario. En la lengua corriente, el apelativo mismo de “peregrino” se convierte en sinónimo de aventurero con Erasmo de Rotterdam, y con Sir Philip Sidney, de botarate sin oficio ni beneficio. Una carta de este último, escrita alrededor de 1580 a su hermano, a punto de partir para un largo viaje, pone en evidencia el desprecio con el que por entonces era tratado el peregrino, persona miserable sin residencia fija, así como el surgir del *gentleman traveller*, el viajero moderno: “Estoy convencido de que tienes bien grabado en tu mente el objetivo que quieres alcanzar con tus viajes, porque si tú viajaras sólo por viajar, resultaría que eres un peregrino y nada más que un peregrino”. Otra es, por supuesto, la finalidad que sustenta el viaje moderno. Cuando no se trata de una finalidad terapéutica, como hemos visto, se centra en la absorción de cuanto pueda resultar útil para la propia formación cultural, para la propia persona o para el propio país. Lo cual se obtiene enriqueciendo la mente con lo que

de notable se encuentra en los lugares visitados, desgranando los ojos de la curiosidad, de la sabiduría y de una inteligencia libre: “Por eso puedo perfectamente decir”, continúa Sidney en un bello aforismo, “que quien viaja con la mirada de Ulises elige uno de los excelentes caminos de la sabiduría terrenal”⁷.

A pesar de la profunda diferencia que separa, no sólo en sentido cronológico, el mundo de los *peregrinantes* del mundo de los primeros viajeros, existe una soterrada herencia que el silencioso y viejo peregrino en viaje a Roma deja al joven y locuaz aristócrata europeo que viaja con mirada de Ulises a lo largo de la península. Esa herencia consiste en el trasvase desde una a la otra forma de viajar de una intensa, invadente, componente ritual, componente que se manifiesta en un listado de etapas canónicas para alivio del espíritu y del cuerpo, así como de obligadas visitas a las maravillas de la antigüedad en las que se articulan los primeros viajes a Italia. Es como si, en la estructuración de estos laicos itinerarios de la belleza y el saber, hubiera tenido lugar una transferencia del principio básico del peregrinaje, que a cada paso anuncia y declara su objetivo, que ilumina las interminables e impracticables sendas de los simulacros del Santo Sepulcro -es decir, feligresías, abadías, hospitales a fin de recordar su fisonomía y su nombre- y que, precisamente en esos simulacros, requiere de la pía devoción e incrementa su ardor con representaciones de los “santos rostros” en madera y con la imagen esculpida del tortuoso laberinto, sembrado de obstáculos, *le chemin de Jerusalén*, a través del cual el alma llega hasta Dios⁸.

Incluso en el cambio radical que comporta la adquisición de la mirada de Ulises, existe un sutil nexo que une la cadena de ciudades y lugares admirables, visitados por

curiosidad intelectual y placer por los viajeros de los siglos XVI y XVII y las veneradas reliquias conservadas en las iglesias urbanas o rurales que antiguamente jalonaban el itinerario de los peregrinos hasta Roma, desde el Santo Rostro de Lucca y las huellas de Santa Cristina de Bol-sena en la vía Francigena, al Santo Rostro de Borgo Sansepolcro en la vía Romea. En estos casos fe y cultura, caminos de la ciudad celeste e itinerarios de la ciudad terrena requieren una dedicación y un compromiso que deben renovarse y tomar impulso en cada nueva etapa, en cada nuevo cambio de escena del camino. En el último decenio del siglo XVI los maestros de la ciencia nueva, empezando por Francis Bacon, abren a los jóvenes europeos el camino de Milán, Venecia y Roma, determinando una auténtica revolución cultural, del mismo modo en que, en los albores de la Edad Media, los peregrinos habían abierto a multitud de seguidores el camino de Jerusalén y el de Compostela, iluminando su lento y extenuante itinerario con la perfectamente calculada constelación de santuarios y de peregrinajes menores⁹.

“In Dei nomine, amen, y de provecho y de buena ventura y en acrecentamiento de persona y haber.” Con estas palabras o con similares fórmulas propiciatorias, se abren los libros de los mercaderes de los siglos XIII y XIV, esos mercaderes milaneses, florentinos o sieneses, los cuales, por decirlo en palabras de Paolo di Bartolomeo Morelli, corren y corren sin descanso “por tierras extrañas recogiendo mercancía, vendiéndola y desarrollando todo”¹⁰. En los casos en que no se trata de meras rúbricas de postas, de registros de cambios de moneda, de compras y ventas y, cuando al viaje se añade algo más de cuanto no sea sólo “hacer ahorros”, estos preciosos diarios de los

comerciantes iluminan un vasto sector historiográfico sobre el que, desde hace tiempo, se ha centrado la investigación¹¹. En este sentido se trata de documentación asimilable a relaciones, testimonios, observaciones de diplomáticos, secretarios de personajes eminentes, de correos, acerca de los cuales existe una vasta documentación. La tardía aparición de diarios más articulados y no exentos de pretensiones literarias, tiende, por otro lado, a confundirlos con los que se consideran los reales impulsores de los libros de viajes. Unos y otros son, efectivamente, el fruto de un nuevo espíritu empírico y no es en absoluto casual el hecho de que más de un comerciante, con el mismo criterio que los primeros viajeros y redactores de guías, muestre curiosidad por la topografía y el asentamiento urbano de los centros que visita, por los usos y costumbres, por el arte y la ciencia o encuadra, incluso, su propio viaje en una especie de épica mercantil.

Además, precisamente el comerciante, con frecuencia italiano, es quien transmite al viajero foráneo del siglo XVI y de principios del XVII, ese mimetismo político y ese arte de la simulación, que se revelará luego como enseñanza preciosa en los años inmediatamente posteriores a la Reforma. “En toda tierra que vayas o que te establezcas habla bien de quienes gobiernan en el Municipio, y tampoco de los demás digas nada malo...”, aconsejaba Paolo da Certaldo¹². Su consejo resuena como un estribillo que se repite en muchos viajeros de religión protestante, desde Thomas Coryat a John Evelyn. A los mismos italianos, de visita en Roma a finales del siglo XVI, Fynes Moryson les sugiere, efectivamente, que no den muestras de interés por esas costumbres -venta de indulgencias y comercio con las reliquias- que en lo profundo de su corazón deberían

despreciar¹³. A quien se preparaba para iniciar el camino, Giovanni Morelli proporcionaba consejos que reencontramos en las palabras con las que el Polonio shakesperiano se despide del hijo cuando el viento hincha la vela: “Si cuentas con diez mil florines, lleva una vida como si tuvieras cinco. y en el resto de tu comportamiento, nunca te descubras con nadie, pariente que sea, amigo o compañero”¹⁴. Paolo da Certaldo aconsejaba a los mercaderes viajeros, como hará luego en su *Nouveau voyage d’Italie* (1691), François-Maximilien Misson, moverse con extrema discreción: “Si vas a algún lugar de riesgo, dirígete a tu posta, y hazlo sin decirle a nadie a dónde vayas. O mejor, si vas a Siena, di que vas a Lucca. Así estarás a salvo de la mala gente”¹⁵.

El mercader transmite a los viajeros la costumbre de medir el tiempo, de observar las costumbres y hábitos jurídicos y de saber juzgar a primera vista cosas y personas. A diferencia de los peregrinos que viven en una prolongada pausa temporal, los “nacidos bajo el signo de Mercurio” instauran una relación perfectamente calculada y, digamos, productiva con el tiempo. Como escribió Jacques Le Goff, estos mercaderes sustituyen “un tiempo mensurable, mecanizado incluso, pero también discontinuo, fragmentado, con pausas, con momentos muertos, sujeto a aceleraciones y desaceleraciones, con frecuencia ligado al retraso tecnológico y al peso de los factores naturales”¹⁶. A partir de específicas razones de mercado, el comerciante transmite al viajero de la edad moderna la necesidad de convertir en productivo -fraccionándolo oportunamente y llenándolo de ocasiones- el tiempo del viaje.

Existen, además, los que podríamos definir como viajes de espionaje tecnológico, es decir, viajes de instrucción técnica y de cuidadosa observación que recopilan documentación puesta al día sobre “canales, molinos, acequias, salinas,

instalaciones para trabajar el hierro, el cobre, el papel, la manipulación de la seda, de la lana, talleres de acuñación, los de artillería y los de la pólvora, serrerías, curtido de pieles y cosas por el estilo”¹⁷. Se trata de viajes subvencionados por un gobierno en particular, en el que se implica a personas de talento y de relevante formación técnica y científica, a los que se les recomienda prudencia y capacidad de simulación a la vista de la cuidadosa vigilancia de las manufacturas y entidades productivas. Que la mirada del forastero se ha considerado siempre bajo sospecha lo demuestra la larga serie de episodios de supuesto espionaje en el que resultan implicados viandantes totalmente ajenos, episodios que en los diferentes relatos se convierten en anécdotas o, a veces, incluso, ocurrencias retóricas.

El conjunto de estas consideraciones sobre el devenir de la idea del viaje nos invita a releer con extremo interés las observaciones de un historiador como Hippolyte Taine -que fue, a su vez, autor de un precioso *Voyage in Italie*- quien, a propósito del análisis de Antiguo Régimen, en *Les origines de la France contemporaine* de 1894, observaba lo siguiente:

Con su perspectiva independiente, cartas y diarios de viajeros extranjeros sirven de confrontación y complemento de los retratos que de sí misma ha trazado esta sociedad. Ésta ya ha dicho todo lo que tenía que decir por su parte, salvo lo que consideraba banal y familiar para sus contemporáneos; o lo que le parecía excesivamente técnico, aburrido y mezquino; en definitiva, todo cuanto concernía a la provincia, a la burguesía, a los campesinos, a los obreros, a la administración y al comportamiento doméstico¹⁸.

Con otras palabras, Taine captaba con agudeza la naturaleza híbrida de la escritura de viaje y su incómoda perspectiva, y al tiempo privilegiada, de género literario menor, con frecuencia capaz de elaborar representaciones disconformes con la ideología dominante y la concepción

más corriente de la narración histórica. El interminable y nutridísimo plantel de viajeros extranjeros que recorren la península y, poco a poco, descubren sus esquinas más recónditas, exaltan su belleza, observan con dedicación e interés sus usos y costumbres, sus formas políticas, sus antigüedades y sus obras de arte, la economía y las innovaciones tecnológicas, sus comercios y todo cuanto se refiere a la vida civil, tejen, a lo largo de tres siglos, un cuadro de lo más rico y complejo de la realidad histórica italiana. Un cuadro hasta el momento apenas si analizado en una mínima parte de su extensión, al que habrá que añadir el goce proveniente del no menos extenso plantel de paisajistas, acuarelistas y dibujantes topógrafos que nos han restituido una cambiante, multicolor e igualmente variadísima iconografía de los lugares de toda la península.

A fin de que unos y otros -los viajeros por placer y a continuación los artistas que les siguieron- puedan restituirnos descripciones e imágenes de Italia radicalmente nuevas, informadas en el efectivo contacto con una proteiforme realidad histórica y topográfica, es necesario que la práctica del caminar se libere de su propio estatuto vicario respecto de otros obligados fines en nombre del saber, de la curiosidad individual, de la observación y del estudio de las diferencias entre distintas gentes y lugares. Lo cual, bien mirado, es una creación típica del mundo moderno de la nueva ciencia, de las nuevas ideas educativas: es decir, ya no una práctica, sino un arte, un *Ars peregrinandi*, por citar un título bastante de moda a finales del siglo xvi.

2. Un prototipo del viajero moderno: Francesco Petrarca

EN su compleja dimensión de poeta, escritor diplomático e intelectual, Francesco Petrarca se nos muestra hoy como prototipo del hombre moderno, el primer peregrino laico, el viajero en continuo movimiento tanto en Italia como fuera de Italia. Aspecto este sobre el que ya se ha dicho casi todo lo que la cultura y la sensibilidad corrientes pudieron decir. “Grande fue y es por la consciencia con que participó en el amplio panorama de todo un continente”, escribió su más reciente biógrafo, Ernest Hatch Wilkins, “en el drama de la vida europea que, por entonces, tenía lugar”¹⁹. Sin embargo, a pesar de tanta movilidad, ha permanecido en la sombra un aspecto: la extraordinaria modernidad de su idea del viaje.

A este propósito anota el poeta en sus *Familiari*: “puedo decir que mi vida, hasta hoy, ha sido un continuo viaje. Compara mis peregrinaciones con las de Ulises. Al margen de la celebridad de sus empresas y de la fama que acompaña a su nombre, no puede decirse que vagara durante más tiempo ni más lejos que yo”²⁰. Muchas veces Petrarca explica su propia vida errabunda como una imitación y en secreta consonancia con los grandes viajeros del mundo antiguo, homéricos o virgilianos o, incluso, con los viajes de los apóstoles “que recorrieron descalzos las regiones del mundo”. Sin embargo, no se trata ahora de poner de relieve su existencia de errante sin descanso, su sentirse *peregrinus ubique*, por necesidad o libre decisión, o la larga serie de sus misiones diplomáticas -su biografía coincide, de hecho, con un viaje perpetuo-, sino más bien de captar en la madeja de sus peregrinaciones una nueva y

preciosa señal, absolutamente nueva para los tiempos que le tocó vivir: la idea de que se pudiera llevar a cabo un viaje a través de Europa, no ya por fe o por negocio -como peregrino, mercader o diplomático-, sino sola y exclusivamente por el placer de ver, observar las costumbres de los hombres o por disfrutar del aspecto de países desconocidos, para comparar los hábitos de los extranjeros con los domésticos.

Impulsado por el ardor juvenil y por el deseo de descubrir cosas nuevas y gentes distintas, en 1333, Petrarca se pone en camino desde Avignon sin otra finalidad que llevar a cabo un viaje de instrucción a algunas de las ciudades europeas más conocidas. Se detiene en París “curioso por comprobar si fueran ciertas o no las cosas que había oído”; visita Gante y otros lugares de Flan-des y Brabante “famosos por sus talleres de lana y tejidos”; admira Lieja, donde encuentra el discurso ciceroniano *Pro Archia*; se sumerge en los baños de Aquisgrán, antigua residencia de Carlo Magno, cuya tumba “asusta todavía a los bárbaros”; se detiene más tiempo en Colonia, en la orilla izquierda del Rhin y atraviesa luego, en tiempo de guerra, la selva de las Ardenas, “realmente salvaje y terrorífica a la vista” y, después de haber recorrido muchos países, llega finalmente a Lyon y de aquí nuevamente a la ciudad de los papas descendiendo en barca por el Rhin... Con este largo, pero no infructuoso peregrinaje, el poeta realiza un gesto que preanuncia la idea moderna del viaje, ese género de itinerante curiosidad intelectual que solemos remitir a Michel de Montaigne, a su tratamiento teórico en las páginas de sus *Essais* y al práctico en el *Voyage d'Italie*²¹.

De este modo Petrarca anticipa, y en muchos aspectos supera ampliamente, la misma inquieta movilidad de los clérigos, de los primeros humanistas, de docentes y

discentes que, en el curso de sus carreras, pasan de una universidad a otra, puesto que es él el primero en defender la idea de que el viaje puede constituirse en su propio y exclusivo fin, su propia meta móvil e inquieta. Con extraordinaria claridad, refiriéndose al viaje de 1333, escribe, siempre en los citados *Familiari*: “Como sabes, acabo de atravesar Francia, no tanto por negocios como por deseo de conocer y por entusiasmo juvenil. Llegué, incluso, hasta Alemania y a las orillas del Rhin, observando atentamente las costumbres de sus habitantes, fascinado por la vista de un país desconocido, comparando cada cosa con las nuestras”²². Nada se escapa a la mirada de este laico peregrino del saber, ni las costumbres y modas de cada uno de los países -incluidas “ciertas vestimentas cortas recientemente introducidas en Francia”- ni las ciudades y sus monumentos, ni los sublimes encantos de la naturaleza. Sus ojos revelan la versatilidad y sagacidad del antropólogo *ante litteram*, como cuando en Colonia se queda sorprendido ante la costumbre que tienen las mujeres, en determinada estación del año, “de lavarse las manos en el río y sus cándidos brazos, mientras murmuran dulces palabras en lengua desconocida”, descubriendo en ese lavado propiciatorio la persistencia de viejos ritos paganos.

Igualmente moderno resulta la visión, casi la perspicacia, topográfica del escritor que sabe liberar el paisaje de las redes de la visión alegórica, para devolvérselo en forma de panorama real, ya se trate de la descripción de Génova desde el mar o el perfilarse de Padua en el horizonte, así como muchas otras ciudades. Hasta la misma la descripción de un lugar bastante menos conocido, como es Capranica, donde se ve obligado a detenerse en 1337, debido a la inseguridad de los caminos infectados de sicarios de los